

NOTAS DE SOCIEDAD

LAS FIESTAS DE LOS VASCOS

Haciendo honor a sus tradiciones, el Centro Vasco de México empezó el domingo próximo pasado las solemnes fiestas con que los hijos de la gran Euzkadia celebran todos los años los días del más grande de los vascos, San Ignacio de Loyola.

Dichas fiestas han comenzado por una Misa solemne que se celebró en la Iglesia de San Francisco.

No es necesario decir que las espaciosas naves del elegante templo eran insuficientes para contener la distinguida concurrencia, entre la que se contaba lo más granado de la colonia, presidiendo el señor Arzobispo Mora y del Río y los Ministros de España y Francia, rodeados de la Junta Directiva del Centro Vasco.

El sermón, que estuvo a cargo del Padre Francisco Manzanedo, ilustre rector de la Universidad Católica de Puebla, fué una verdadera filigrana de oratoria sagrada, en la que no sabemos qué adivinar más, si la profundidad de la idea o la elegancia y ajustamiento de la frase. Fué muy felicitado.

Nuestro amigo particular, el señor don Pantaleón Arzóz, tuvo a su cargo la parte musical, quedando como era de esperar, dados sus méritos en el divino arte.

La misa de Gabrielli, en la que abunda el buen gusto, fué interpretada magistralmente por setenta y cinco profesores, llevados por la experta batuta de Arzóz, y reforzados por elementos tan valiosos como el doctor Elcoro y el profesor don Alejandro Greco.

La fiesta profana, o sea la romería del Tí-



Ni el más profundo exégeta acertaría a describir con palabras, la donosura y belleza de estas vendedoras del confeti multicolor, en la romería de los vascos

voli, resultó pasada por agua. No se puede decir que llovió, lo que hizo fué diluviar, y por eso no resultó como todos los años, un acontecimiento, y un día de reunión de casi todos los españoles.

A pesar, sin embargo de los chaparrones, acudió mucha gente, y hubo bailes, y cantos regionales, y derroche de confetti y de cerveza y de sidra, y réinó la alegría durante toda la tarde y parte de la noche.

Hemos oído decir que los vascos, haciendo honor a su carácter pertinaz, no se dejan vencer por el tiempo, y si este domingo no fué bueno, el domingo que viene será mejor, y si no otro...

Nosotros dejamos, ya bien adelantada la noche, los jardines del Tívoli, resonando aún en nuestros oídos las valientes notas de los zorcicos: «La del pañuelo rojo... Madre del alma mía!... Guernikako arbola...

BAILE EN EL REAL CLUB ESPAÑA

En el Real Club España hubo baile la noche del último sábado, y no es necesario decir cómo estuvo el baile.

Los salones del simpático club se vieron repletos de gente, siendo difícil llevar a cabo el objeto principal de la fiesta que era bailar.

Una orquesta numerosa era la encargada de la parte musical, y de encargados de hacer perder el sentido estaba una multitud de caras bonitas y de cuerpos de palma, que con sus bellezas fueron el encanto de la fiesta.

No queremos dar nombres, porque no había donde escoger, todas en conjunto constituían un jardín de flores.

Se rindió culto al baile hasta las tres de la mañana, y todas las personas que a él acudieron salieron haciendo elogios de la caballerosidad amable de los muchachos del España.

No podía menos de ser así. Es su presidente don Tomás Sansano, prototipo de la alegría y de la caballerosidad, y con eso está dicho todo.



Parece como que una hada de cuento de Perrault, reunió en este solo ramillete a las princesitas de juventud que pudieron admirar los asistentes a las fiestas vascas del Tívoli.